



REFLEXIONES SOBRE ESPIRITUALIDAD SALESIANA

Marcelo Escalante Mendoza, SDB



INTRODUCCIÓN

“Seguir a Jesús tras las huellas de Don Bosco”. Así es como el maestro Mario Peresson, salesiano, ha titulado una de sus obras más significativas. Creemos que este título refleja a cabalidad la tarea de todo salesiano y de todo aquél que de una u otra manera simpatiza con este carisma. En esta obra, el P. Peresson nos muestra el modo de *ser cristiano*, siguiendo el ejemplo de Don Bosco. Así como él, los que somos herederos de su carisma, nos comprometemos a la construcción del Reino de Dios por medio de la evangelización-educación de la juventud, especialmente la menos favorecida.

Nuestra labor no es simplemente filantrópica, sino ante todo teológica, más aún, soteriológica (es un asunto de salvación). Son muchos los que se dedican a la educación de la juventud, pero no todos lo hacen como camino de evangelización. Para nosotros, evangelizar es educar y educar es evangelizar. Más es pertinente realizar una aclaración.

Cuando hablamos de evangelización, ciertamente nos referimos al afán por alcanzar una cierta familiaridad con el Evangelio, pero apuntamos a mucho más que simplemente saber algunos versículos e historias de memoria. Por evangelización entendemos la implantación del Reino de Dios. En otras palabras, hacer que los sus valores propios, tales como la justicia, la paz, la solidaridad, la reconciliación, la igualdad, el respeto, el diálogo, el amor... se vivan en la sociedad. Evangelizar es hacer de nuestra sociedad, el lugar del reinado del Dios amor. Como salesianos nos comprometemos con la “utopía del Reino”.

Nuestro esfuerzo por la educación de la juventud, es pues un asunto religioso. No tenemos la intención de presentar un nuevo “modelo socio-político”, sino formar *personalidades cristianas* libres, creativas, comprometidas y emprendedoras, que se esfuercen por hacer real la implantación del Reino de Dios. Nuestro trabajo, por tanto, tiene un amplio sustrato espiritual. No en vano, Don Bosco decía que entre

todos los trabajos, el de la educación de la juventud es divinísimo. Una obra así de divina, no puede sino ser espiritual.

Entendemos la espiritualidad como la *vida según el Espíritu*. Es decir, que, para nosotros, *una persona espiritual* es aquella que vive su existencia de acuerdo con los impulsos del Espíritu Santo. Los indicadores que muestra cuando una persona es auténticamente espiritual, son visibles, por ejemplo se hace creadora de unidad, propagadora de paz, comprometida con la justicia, entre otras. Para ello, la relación de intimidad con Dios es fundamental.

Los que trabajamos bajo la inspiración del carisma salesiano, gozamos de una espiritualidad, la misma que inspira, motiva, impulsa, corrige y purifica nuestro trabajo. De allí que cuando algo parece incoherente con el carisma, debemos preguntarnos cómo va nuestra vida espiritual. Ahora bien, la espiritualidad es un proceso que no tiene fin, pues siempre es posible acercarse más y configurarse más con Dios. Por ello, se requiere de un esfuerzo cotidiano y de una constante renovación. He allí la razón de estas páginas.

Presentamos estas *Reflexiones Sobre Espiritualidad Salesiana*, con el fin de dar algunas pautas de reflexión para los que participan, o desean participar, del seguimiento de Jesús tras las huellas de Don Bosco. Éstas bien pueden realizarse de modo individual, pero la riqueza estará en compartir los frutos de la meditación con otros. Algunas reflexiones son más largas que otras, esto se debe a que hemos dejado que la “inspiración” venza a las reglas de estilo, pedimos disculpas por ello. Debemos disculpas también por los temas que, aun siendo importantes, se quedaron en el tintero por falta de tiempo y por no hacer más largo un trabajo que ya sobrepasa la extensión deseada. Para la realización de este trabajo nos hemos basado principalmente en las obras: *Don Bosco y la vida espiritual*, de Francis Desramaut; y *Espiritualidad Salesiana, 40 palabras clave*, de Eugenio Albuquerque (coordinador).

Agradecemos, la atenta paciencia del lector. Agradecemos también a los que de una u otra manera han alentado la realización de estos esfuerzos, de manera especial al P. Jaime Morales, Inspector de los Salesianos en Bogotá (Colombia), quien ha sido en nuestra vida maestro y guía.

¡Viva Don Bosco!

Marcelo Escalante Mendoza, SDB
(e-mail: marcelosdb24@gmail.com)

PRIMERA REFLEXIÓN

ESPIRITUALIDAD DE LA GLORIA DE DIOS Y LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Con motivo del bicentenario de su nacimiento, últimamente hemos conocido mejor a Don Bosco, y al hacerlo, no podría no surgirnos al menos un gran sentimiento: *asombro-admiración*. Si nos ponemos a enumerar las facetas de su vida, la lista se hace muy extensa: pedagogo, educador, fundador, mediador político, sacerdote comprometido, apóstol, escritor, taumaturgo, empresario, administrador, filántropo; son apenas algunas de las características que adornaron su persona. No en vano se han hecho ya tres películas sobre su vida. Hiendo más allá del asombro, nos nacen algunas preguntas ¿Cómo hizo para hacer tanto? ¿Cuál fue el motor que le inspiró a realizar todo eso? ¿Qué buscaba realizando una labor tan titánica?

Como todo gran hombre, Don Bosco se sintió apasionado por ideales a los que apostó sin límites. Su obra no es fruto del azar, mucho menos de la improvisación. A pesar de que no tenía un proyecto estructurado meticuloso, sí tenía clara la meta que perseguía. En su vida hubieron dos polos en torno a los cuales giró toda su existencia, un par de ideales que condicionaron toda su vida. En una palabra, hubieron dos *pasiones* que dominaron su quehacer y configuraron su interioridad. Las dos pasiones vitales de Don Bosco fueron *la gloria de Dios y la salvación de las almas*.

Sí, para comprender a Don Bosco no debemos olvidar que era ante todo un cristiano de convicción, un sacerdote consciente de las implicaciones de su vocación, un santo. Hace ya algunas décadas el gran Pedro Brocardo, sacó un libro titulado *Don Bosco profundamente hombre, profundamente santo*, ¡descripción perfecta! Don Bosco fue un hombre que llegó a entregarse con pasión a los ideales que le nacieron de su fe, de su conciencia de ser sacerdote para los demás, especialmente para los jóvenes. Como sacerdote educador, Don Bosco entregó su vida para la salvación de la juventud más pobre, todo a mayor gloria de Dios.

Saber esto es una clave para comprenderlo. Ver sólo las obras es reducirlo a un filántropo más, quitándole lo esencial de su vida, que es el trabajo por la Gloria de Dios. Quedarse en su interioridad sin ir a su actuar, es traicionarle. La Gloria de Dios y la Salvación de las almas, su modo de entender el *ser contemplativos en la acción*, son la clave principal de su espiritualidad.

La Gloria de Dios

Uno de los más grandes conocedores y estudiosos de la espiritualidad de Don Bosco, Francis Desramaut, escribe: “Don Bosco no conocía más que un valor absoluto: la gloria de Dios; a la cual ordenaba todo, tanto en su vida espiritual como en su vida apostólica. La gloria de Dios constituía su norma suprema”. En términos modernos podríamos decir que la *gloria de Dios* no era un bello slogan, sino su *criterio fundamental de discernimiento*. En otras palabras, cuando tenía que actuar dedicaba un tiempo a pensar -¡rezaba!- si es que con esa acción se iba a dar gloria a Dios, o no, y cuando llegaba a una respuesta positiva, arremetía casi sin medir consecuencias.

Cuando comenzó la obra de su Oratorio, muchos, incluidos algunos de sus más grandes amigos, le creían loco. No debemos ser muy severos con ellos. Si hoy en día se nos presentará alguien que nos habla sobre edificios, patios, iglesias... donde nosotros sólo vemos pasto, ciertamente también pensaríamos que a aquél le falta juicio. Sin embargo, Don Bosco tenía la convicción de que su obra no era un capricho personal, sino *fruto de la Iniciativa de Dios*. Al fin y al cabo, el más interesado en la salvación de sus hijos es Él. Pero también tenía la convicción de que con los Oratorios él daba *gloria y honor a Dios*, que era la pasión de su vida.

Su corazón palpitaba por la *gloria de Dios* y su boca no dejaba de hablar de ésta. Los testimonios que tenemos son cientos, por no decir miles. “La gloria de Dios” fue la frase de su vida. A los que llegaban a conocerlo profundamente no les quedaba duda, Don Bosco trabajaba solamente para la gloria y la salvación de las almas. Al fin de cuentas, todo lo que él hizo fue para que Dios fuese conocido, amado y alabado. En sus labios, la frase: “la *gloria de Dios*” no dejaba de ser pronunciada, expresión de lo que vivía en su corazón, el trabajo de sus manos acompañaron el sonido de sus palabras y el palpitar de su corazón.

Más en su tiempo que en el nuestro, muchos dirán que se da gloria a Dios en las celebraciones litúrgicas, en las eucaristías, con las penitencias, o con las demás obras de devoción; lo que es cierto, pero no exclusivo. Hoy en día nosotros tenemos muy

claro esto, damos gloria a Dios en el templo y en los hermanos, en el prójimo. Don Bosco lo sabía bien. Se rinde culto, honor y gloria a Dios participando devotamente de las misas, pero también en el servicio a los demás, especialmente a los que sufren. En su vida, la mejor manera de dar gloria a Dios fue el trabajar por la salvación de los jóvenes, especialmente de los más pobres.

La salvación de las almas

Dice don Pedro Stella, tal vez el más grande conocedor de Don Bosco: “Darle gloria a Dios significaba, pues, testimoniarle el honor que le es debido por su acción en el mundo”. En la mente y en el corazón de Don Bosco la gloria a Dios estaba ineludiblemente unida a la salvación de las almas. En términos modernos diríamos *ser contemplativos en la acción*. No en vano su vida fue un martirio de entrega a los demás, una ofrenda por la salvación de la juventud. Gloria a Dios-Salvación de las almas, fueron los acordes con los cuales se compuso la canción de su vida.

Una idea fundamental de su espiritual es: “La salvación de un alma acrecienta la gloria de Dios”. Cada vez que un alma es salvada, Dios es glorificado. Por tanto, quien colabora con la salvación de las almas realiza la obra más agradable a los ojos de Dios. Por ello dice Don Bosco que, quien colabora en la evangelización y educación de la juventud más pobre y abandonada, realiza una obra “divinísima”. Es decir, entre todas las obras buenas, ésta es particularmente divina. La expresión no es exagerada, pues quien lo hace colabora a Dios mismo.

Pero ¿qué es trabajar por la salvación de un alma? De ningún modo pretendemos caer en la vieja separación entre alma y cuerpo. El ser humano es al mismo tiempo alma y cuerpo, no existe separación. Éste fue el lenguaje que utilizó Don Bosco, era el lenguaje de su tiempo. Pero cuando decimos “alma” queremos expresar “persona”. Salvar almas, es por tanto salvar a las personas. ¿Y de qué se las salva? De la pobreza, de la ignorancia, de la explotación, del sin sentido de la vida, del pesimismo, de la desesperanza... ¡Cuántas personas hoy necesitan salvación! Tratemos de hablar en positivo. Salvar un alma es, por tanto, promover la educación, capacitar a los jóvenes para que tengan mejores oportunidad de vida, formarlos en valores, enseñarles a vivir de acuerdo con la alegría del evangelio, hacer de la esperanza cristiana una esperanza del aquí y ahora, proyectada hacia la eternidad.

Para nosotros educadores y participantes de la espiritualidad salesiana, éste es el punto de partida de nuestra propia espiritualidad. Don Bosco en sus propósitos de

ordenación manifestaba: “Padecer, trabajar, humillarme en todo y siempre, cuando se trate de salvar almas”. No es, pues, extraño que para él una idea fuerza en su vida haya sido la seguridad de que *ayudando a la salvación de los demás, alcanza uno su propia salvación*. La pasión de su vida fue la salvación de las almas, que era también buscar la propia salvación. Terminamos esta primera meditación invitando a reflexionar y orar la siguiente frase, que tantas veces se escuchó en los labios de Don Bosco y tantas otras veces salió de su pluma: “Si salvas tu alma, todo está salvado. Si la pierdes, todo está perdido”.

SEGUNDA REFLEXIÓN.

ESPIRITUALIDAD DE LA LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Uno de los temas fundamentales al hablar de espiritualidad, es el de la santidad. Mucho se ha escrito, a lo largo de toda la historia del cristianismo, sobre este tema. La santidad es uno de los aspectos más característicos de nuestra fe. También al hablar de la espiritualidad de Don Bosco, no podemos dejar de lado un tema tan importante.

Todos, sin excepción, estamos llamados (tenemos vocación) a la santidad. Que la alcancemos es el sueño más grande de Dios. Como buen Padre, quiere lo mejor para cada uno de nosotros, quiere nuestra felicidad. Desde la perspectiva de la fe podemos afirmar, sin temor, que la santidad es la mayor felicidad que podemos alcanzar en esta vida, pues es anticipación de la plena felicidad en la vida futura. Nosotros los salesianos y participantes del carisma salesiano, no podemos ser la excepción.

En su carta a los salesianos, San Juan Pablo II decía: “Queridos salesianos ¡sean santos!”. Si de un modo “elegante” nosotros solemos decir que estamos “invitados” a la vida de santidad, el Papa nos recordó que esta “invitación” es para nosotros una obligación. Nos hicimos salesianos, o participes de este carisma, para un fin específico: nuestra santificación. Dice Jesús Manuel García: “¡O nuestras casas, nuestra parroquia, y por extensión la Iglesia, es escuela de santidad o no es la comunidad cristiana que ha querido Cristo!” La santidad es pues el termómetro con el cual medimos nuestra fidelidad al mensaje de Jesús y al carisma salesiano.

Un nuevo modo de entender la santidad

Tradicionalmente se ha entendido la santidad como algo inalcanzable. Cuando vamos a un templo y vemos las imágenes de los santos, nos cuesta mucho vernos en sus zapatos. Por un lado, la gran mayoría son clérigos o monjas, parecen tristes o

taciturnos. Algunas veces se les presenta junto con sus “instrumentos de mortificación (una auto-tortura)”. ¿Quién quisiera seguirles en ese camino hoy en día? Ese era el modo como se entendía la santidad en las épocas pasadas, hoy nosotros la entendemos de un modo distinto.

La santidad para nosotros hoy, no es sino la respuesta a la invitación que Dios nos hace, la del mandamiento del amor. Si bien antes se decía que uno se hace santo en la soledad, hoy podemos decir que no es posible ser santo sin la ayuda de los demás. Si antes se veía como buena la melancolía por el cielo, hoy vemos como positivo la alegría de las cosas terrenas. No se trata de cumplir con listados de comportamiento, sino de vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. Y Él quiere que todos seamos felices. Bien decía Domingo Savio: “Nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres”, ¡Esa es la voluntad de nuestro Padre!

Pero hablamos de una alegría profunda. No sólo de una felicidad pasajera, que no es necesariamente mala, pero que es demasiado efímera. Nosotros nos referimos a la alegría que brota del corazón que se encuentra en unión con Dios, a pesar de las adversidades, de las incomprensiones, de los fracasos, incluso de los pecados (aunque suene contradictorio). Por tanto, es una alegría en la que al tiempo que realiza la voluntad de Dios, el sujeto se desarrolla en plenitud. Dice García que: “El santo es una persona libre, creativa y autónoma”. A una persona así, la psicología le llamaría: emocionalmente equilibrada; nosotros –en cristiano- le llamamos simplemente: santo.

En consecuencia, como bien dice Don Bosco: *es fácil ser santo*. Es bueno ser santos, es lo mejor que nos puede ocurrir. Dios quiere eso de nosotros. No hay que renunciar a las sanas alegrías pasajeras de nuestra vida, sino darles un nuevo sentido. Desde esta perspectiva: la música, el baile, el juego, la alegría, el compartir, la amistad... en fin, todo lo bueno que nos agrada, no es sólo útil para la santidad, sino que es necesario. Pero de entre todas esas, hay una que ocupa un lugar central.

Según Jesús Manuel García: “La relación, es el nuevo paradigma de la santidad”. “Se llega a ser santo no alejándose del otro, aislándose, huyendo; sino a través del otro, siendo para el otro”. En el contacto con los demás, en medio de la alegría del juego, cuando sentimos el apoyo de los demás en los momentos de fragilidad, cuando reconocemos que nos hemos equivocado; en fin, en cada una de las experiencias de *encuentro* con el otro (sean estas gratas o incómodas), se nos regala una oportunidad para crecer en santidad. Nuestro Dios es Uno y Trino, es comunidad perfecta,

nosotros que fuimos creados a su *imagen y semejanza*, no podemos sino reflejar el amor que es la esencia de esa divina comunidad.

Santidad para todos

Cuando hablábamos de la salvación de las almas dijimos que uno se salva en el trabajo por la salvación de los demás. En el caso de los salesianos, cuando trabajamos por la salvación de los jóvenes más pobres. Podemos decir lo mismo de la santidad. La alcanzamos cuando hacemos de nuestra vida un esfuerzo por hacer que los jóvenes se hagan santos. Es decir, que sean personas verdaderamente libres, creativas y autónomas. En palabras de San Pablo, diríamos personas con la *libertad gloriosa de los hijos de Dios*. Realizamos este objetivo por medio de su evangelización y educación, como propuesta integral dirigida a todos.

Recordamos que los “muchachos de Don Bosco”, *no* eran todos unos bellos ejemplos de bondad. La gran mayoría de los jóvenes que frecuentaba el Oratorio eran muchachos que habían salido de la calle, con todo lo que eso implica. Otros eran huérfanos o abandonados. No eran pocos los que inclusive salieron de la cárcel. A éstos y no a otros fue a quienes Don Bosco les ofreció un reto, el programa de santidad, y triunfó. Ciertamente no todos llegaron a la tan álgida “heroicidad de las virtudes”, como Domingo Savio; pero ciertamente todos los que pisaron la casa de Don Bosco terminaron con un sentido distinto de la vida. Esa es la semilla de la santidad, tal vez no canonizable, pero auténticamente cristiana.

Santidad al alcance de mis manos

Si la verdadera felicidad es un sinónimo de la santidad, ser santos es ser felices. ¿Por qué no ser santos? Si Dios quiere nuestra santidad ¿Por qué no ser santos? Si ser santos es lo mejor que nos puede pasar ¿Por qué no ser santos? Si ser santos es fácil ¿Por qué no ser santos?

La santidad que Don Bosco nos propone es “casera”, es la del patio y del trabajo. Ciertamente tendrá momentos de tensión y de contradicción, pero que en nuestro trabajo de pastores-educadores de la juventud, nunca el desánimo triunfe sobre la esperanza.

Dice el P. Rubén Jaramillo: “La santidad no es punto de llegada, sino de partida”. No esperemos a morirnos para ser santos, comencemos aquí y ahora.

TERCERA REFLEXIÓN

ESPIRITUALIDAD CRISTOCÉNTRICA, SACRAMENTAL Y MARIANA

Nos encontramos en un tiempo en el que el término espiritualidad es entendido de varios modos. Si vamos a una librería, bajo el título “espiritualidad” nos encontraremos temas tales como esoterismo, misticismo, cosmovisiones, religiones variadas y otros parecidos. Necesitamos delimitar nuestra atención. No caigamos en confusiones, la espiritualidad salesiana es expresión de la espiritualidad cristiana, la que vivimos en el seno de la Iglesia Católica.

El carisma salesiano participa de la misión de la Iglesia, esto es la obra salvadora de Dios en favor de la humanidad. En el seno de la Iglesia hay cientos de carismas, cada uno desde su propia especificidad participa de la única misión salvadora de Cristo. Si bien hay diferencias en el “estilo” y en el “énfasis” pastoral, el objetivo de todos estos carismas es el mismo: la salvación de la humanidad por medio de la construcción del Reino de Dios.

En la presente reflexión vamos a abordar tres temas fundamentales de la fe cristiana en general: el cristocentrismo, la vida sacramental y la dimensión mariana. Nuestro acercamiento se realizará desde la perspectiva salesiana.

Espiritualidad Cristocéntrica

Principio fundamental e inamovible de nuestra fe es la centralidad de Cristo. Por algo somos cristianos. Debemos tener claro esto y no dejarnos confundir. Nuestra fe es en Jesús Vivo-Resucitado, Él es la roca firme sobre la cual construimos todo el edificio. Sin Él, nuestra fe no tendría sentido. Nuestra fe en el Señor Jesús es amistad y familiaridad con él.

Nuestra relación con Jesús debe ser relación vital. Jesús no es una idea, ni un algo, sino un Alguien con el cual nos relacionamos. Podemos compartir con él nuestros sueños y esperanzas, nuestros miedos y anhelos, nuestros logros y nuestras derrotas. Así lo vivió nuestro padre Don Bosco. Bien decía el P. Pascual Chávez, que “Para Don Bosco, Cristo es una persona viva y presente en todo momento de su vida y de su obrar, para él no fue nunca una verdad abstracta o un ideal que alcanzar. Diría que la actitud que distingue su fe cristiana es la de la *relación-cercanía-amistad*”.

Ahora bien, se puede ver a Jesús desde diversas perspectivas. Algunos resaltan su ser juez, otros su ser evangelizador, otros su ser sanador. Nosotros los salesianos, a ejemplo de Don Bosco, estudiamos, contemplamos, meditamos, imitamos y aprendemos de Jesús como Buen Pastor. La imagen de Jesús, Buen Pastor, fue el Cristo de Don Bosco.

En el Evangelio, el Buen Pastor se caracteriza por cuidar, sanar y salvar a sus ovejas. Realiza su tarea con amor y solicitud. Su entrega a su labor es tan generosa, que no teme incluso dar la vida. Don Bosco aprendió mucho de la reflexión de esta imagen. Aprendió la predilección hacia los más pobres y desprotegidos, el modo bondadoso de cuidarlos y el sacrificio de su trabajo.

Con acierto afirma José Miguel Núñez que: “Para los hijos e hijas de Don Bosco, el Buen Pastor se convierte en el ícono por excelencia de nuestro ser y de nuestra misión”. Contemplándole podemos conocer el fondo de la espiritualidad de Don Bosco. Comprendiéndole, comprendemos a Don Bosco, pues fue un gran imitador y emulador de su solicitud por el bien de sus ovejas.

La *Lectio Divina* del Capítulo X del Evangelio según San Juan es, sin lugar a dudas, la meditación imperdible de la espiritualidad salesiana.

Espiritualidad sacramental

Dentro de nuestra vida cristiana la práctica sacramental goza de gran importancia. Lamentablemente, muchas veces aparece como una simple práctica ritual externa, como actos mecánicos que se hacen porque “es costumbre”. El verdadero sentido de los sacramentos es el de adentrar al creyente en la esfera divina. Gracias a su mediación, el creyente puede llegar a una auténtica experiencia religiosa. Por ello, los sacramentos son actos salvíficos en sí mismos y alimento espiritual en el camino de seguimiento del Señor.

En la tradición y espiritualidad salesiana, éstos ocupan un lugar de primerísimo orden. La *participación eucarística, la comunión y confesión frecuente*; son sellos característicos del estilo educativo-pastoral salesiano. Mas no como “costumbres” sino como experiencias vitales. Don Bosco, un sacerdote santo, quería para sus muchachos una vida de fe sólida, la que sólo imaginaba posible gracias a la práctica sacramental. Sin lugar a dudas, la fuerza de su ejemplo arrastraba multitudes.

En las *Memorias del Oratorios*, escritas en estilo autobiográfico, Don Bosco nos cuenta cómo los sacramentos estuvieron presentes a lo largo de toda su vida. Desde niño se acercó a ellos, gracias a la guía de su madre; y cuando comenzó el Oratorio, la práctica sacramental estaba entre las actividades que no podían faltar. En su interés por la educación y evangelización de la juventud, fueron los medios indispensables.

Uno de los principios de la educación religiosa de Don Bosco es *no obligar*. Se ofrece, se da facilidad para acercarse, se motiva; pero no se obliga. La amistad espiritual tiene como base fundamental la libertad, Dios respeta la nuestra sin “peros”. Nosotros también, queremos participar de los sacramentos, vivirlos, celebrarlos y proponerlos. Como camino seguro de encuentro con el Señor, fruto de nuestra experiencia, queremos que nuestros jóvenes aprovechen de sus beneficios.

¿Somos capaces de proponerlos no como “receta mágica”, sino como herencia vivida? ¿Hemos profundizado personalmente en el sentido profundo de los sacramentos? ¿Sentimos la necesidad de los sacramentos para nuestra vida de fe? ¿Creemos que la vida sacramental es más que “una herramienta pedagógica” útil, sino una experiencia de transformación integral de la persona?

Espiritualidad mariana

En la experiencia de Don Bosco, María tiene un lugar verdaderamente determinante. Sería imposible dejar de lado esta faceta de su vida. Ahora bien, es cierto que en ese tiempo se respiraba una especie de “ambiente mariano”, la Madre de Dios era muy querida y respetada. Sin embargo, Don Bosco resaltó como uno de los más grandes apóstoles de la devoción mariana de su tiempo. Es más, no falta quien con fundados argumentos, asegura que Don Bosco tiene ganado su lugar en *la historia de la Iglesia*, junto a los más grandes propagados de la devoción a María.

Don Bosco vivía su devoción mariana dentro de la relación madre-hijo. Ciertamente conocía bien los tratados teológicos sobre Ella, pero su devoción fue más afectiva,

volitiva y de confianza; que académica. Se ha dicho de él que “vivía como si viera al Invisible”, nosotros podemos añadir, que también “vivía viendo a María”. Hacia ella eran dirigidos sus afectos, a ella se encomendaban los proyectos, ella era la garante. Y nunca quedó defraudado.

De entre todas las advocaciones, una es la que domina el horizonte de la devoción mariológica de Don Bosco: *Inmaculada Virgen Auxiliadora*. Bajo este título se encuentra sintetizado su pensamiento y sentir frente a María. *Inmaculada*, llena de gracia, la pura, la casta, la concebida sin mancha ni pecado; es la que nos enseña que el mal no triunfa sobre el bien, que Dios es siempre más fuerte. Nos enseña además que sus hijos deben ser como ella, valientes en su lucha contra cualquier cosa que los aleje de Dios, por más pequeña que sea. *Auxiliadora*, la que no abandona, a la que se acude cuando parece que todo está perdido (¡Auxilio!). Sus hijos son como ella, no quedan de brazos cruzados cuando hay problemas, son los que actúan cuando ven que la juventud corre el riesgo de perderse.

Y es que la verdadera devoción mariana se vive en el trabajo. Dice Antonio María Calero: “La espiritualidad mariana, salesianamente entendida y vivida, tiene algunas connotaciones esenciales que configuran su propia identidad: una esencial dimensión pastoral y eclesial, además de una clara exigencia de proyección social”.

Continúa el especialista recordándonos cuáles son las características de los que se llaman devotos de la Virgen de Don Bosco. Éstos tienen una “espiritualidad de total apertura y dócil acogida a la Palabra de Dios... espiritualidad de la disponibilidad incondicional y del servicio pronto y generoso a los demás... espiritualidad de la eficacia unida a la discreción en el servicio a los demás... y espiritualidad fiel e inquebrantable en momentos difíciles de dolor y sufrimiento”.

¿Qué le falta a nuestra espiritualidad mariana?

CUARTA REFLEXIÓN

ESPIRITUALIDAD DEL ENCUENTRO Y ACOMPAÑAMIENTO

¿Dónde y cómo encontramos a Dios? Estas han sido dos preguntas que han acompañado la reflexión espiritual de todas las religiones del mundo. Cada una tiene una respuesta, a veces muy distinta a la de las otras. Sin ir más lejos, dentro del seno de la Iglesia, las respuestas son también variadas, pero no se excluyen entre sí. Los monjes benedictinos dirán: en la oración y el trabajo. Los dominicos podrían decir: en la verdad. Los hermanos de San Juan de Dios, dirían: en los enfermos mentales. Los salesianos decimos: en los jóvenes. Y no es que los unos nieguen a los otros, todo lo contrario. Sin embargo por herencia carismática, cada uno tiene un *lugar privilegiado de encuentro con el Señor*.

Para nosotros salesianos, ese lugar son los jóvenes, especialmente los que pasan más necesidad, los que viven en pobreza. Y aunque pueda sonar un poco a poesía, no lo es. *En el encuentro con ellos, encontramos a Dios*. Las consecuencias son lógicas. Cada vez que encontramos pretextos para no estar con ellos, encontramos un pretexto para no estar con Dios. Ocurre lo mismo cada vez que preferimos que sean otros los que vayan a este encuentro ¡Qué fácil es encontrar a Dios! Pero ¡Qué fácil le dejamos pasar! El Señor, por medio del carisma, nos regala un camino de encuentro con Él, no lo desaprovechemos.

Ahora bien, todos los que alguna vez han trabajado en la educación y/o evangelización de la juventud, saben que esa tarea no es sencilla. Hay momentos gozosos, como los hay difíciles (con bastante frecuencia). Sin embargo, es ahí en donde se nos manifiesta la presencia de Dios. Nuestra actividad educativo-evangelizadora es al mismo tiempo nuestro monte Tabor (lugar en el que experimentamos la gloria de Dios) y nuestro monte Calvario (lugar del sacrificio y la

entrega). En ambos tenemos la oportunidad de experimentar a Dios, unas veces en su gloria, otras veces en nuestro sinsentido.

¿Cómo hacer para conseguirlo? ¿Cómo hacer para que nuestros encuentros con los jóvenes sean experiencias de Dios? Partamos por la calidad de estos encuentros. Es decir, hagamos que nuestra presencia sea el reflejo del *amor de Dios*. Recordemos cómo es el amor que el Señor tiene para nosotros. Es un amor comprensible, atento, misericordioso, amable, sencillo, bondadoso, puro, respeta nuestra libertad, busca nuestra felicidad. Se expresa también en la exigencia (siempre amable) y en la búsqueda de la formación. Quien ha experimentado a Dios de ese modo, bien puede ser reflejo del amor de Dios a todo el mundo.

Luego, *hagamos el esfuerzo por vencer nuestro egoísmo en la entrega al trabajo por su bien*. Recordemos que Dios no midió consecuencias en su entrega por la salvación de la humanidad, nos dio a su propio Hijo, se dio Él mismo. ¡Cuánto podemos aprender de este divino ejemplo! Vencamos nuestro deseo de comodidad personal, de espera pasiva. Vencamos la tentación a imponer la, siempre más fácil, actitud de “superiores”, en favor de la familiaridad. Que nuestra presencia, que cada uno de nuestros encuentros, sean una oración. Esta fue una de las características de Don Bosco, de quien se dice que no dejaba de orar nunca.

¿Hay algo más? Sí. *Hagamos el esfuerzo por hacer con los jóvenes lo que a ellos les gusta*. Esto podría parecer un tanto descabellado y en cierto modo lo es, aunque no del todo. Con esto se quiere decir que se comparta con ellos lo que les es más natural, lo que más les agrada: el juego, la alegría, el baile, la bulla, el compartir, etc. Ciertamente hay algunos “gustos juveniles” que no pueden ser aceptados, la tarea del educador en esas situaciones es la de acompañar, aconsejar, guiar y, sobre todo, proponer opciones alternativas. El educador salesiano es amigo y hermano mayor, por lo tanto, comparte, acompaña y guía.

Se decía que de cada encuentro que uno tuviera con Don Bosco, siempre salía con algún buen consejo o alguna buena palabra. En síntesis podríamos afirmar que él no desperdiciaba oportunidad para evangelizar. El encuentro con Don Bosco, es un encuentro evangelizador, nosotros intentamos reproducir este ejemplo.

A este punto es muy probable que surja la pregunta ¿Y esto qué tiene que ver con la espiritualidad? ¡Mucho! ¡Todo! ¡Esta es la espiritualidad salesiana! Este es nuestro modo de hacer oración, este es el modo como le damos gloria, este es el sacrificio que le ofrecemos. A tal punto que, podemos afirmar que realizamos nuestra oración en el patio y en el aula de clases, en la entrada, en la salida y principalmente en el recreo.

En el encuentro con los jóvenes, encontramos a Jesucristo.

QUINTA REFLEXIÓN

ESPIRITUALIDAD DE LA CONFIANZA, ALIANZA Y ESPERANZA

En nuestro tiempo, la tentación de caer en el pesimismo está siempre presente. Basta con abrir el periódico, o ver un noticiero, para quedar en shock por las noticias que a diario se dan en el país y en todo el mundo. Pareciera que el mal se impone al bien. ¿Qué es lo que puede decir o hacer la espiritualidad frente a esta situación? ¿Cómo puede ayudar la espiritualidad salesiana? Estos son temas importantes que trataremos de desarrollar en la presente reflexión.

Nuestro punto de partida es, al mismo tiempo, criterio de lectura: *la espiritualidad salesiana se desarrolla en clave pedagógica*. No en vano se la ha llamado *espiritualidad pedagógica*. El modo de vivir la experiencia espiritual en el carisma salesiano, es primordialmente por medio de la educación –el hecho educativo en favor- de la juventud, especialmente la menos favorecida. Realizamos esta tarea según nuestro estilo característico, *el Preventivo*.

Sobre el sistema educativo salesiano (sus orígenes, interpretación, realización, y actualización) se ha escrito bastante y a todo nivel. Hoy gozamos de una biblioteca amplia sobre pedagogía salesiana. Para nuestra reflexión, nos guiaremos por el pensamiento –original y muy acertado- de J. M. Petitclerc, quien afirma que los valores más significativos del Sistema Preventivo de Don Bosco son: la confianza, la esperanza y la alianza.¹ Intentaremos realizar una interpretación espiritual de esta intuición.

¹ PETITCLERC, Jean Marie, *Los valores más significativos del Sistema Preventivo*. Texto disponible en: <http://www.dbs.org.ar/materiales/files/Jornadas%20y%20Encuentros/JM%20Petitclerc%20Los%20valores%20mas%20significativos%20del%20SP.pdf>

Espiritualidad de la confianza

La espiritualidad cristiana es fundamentalmente, espiritualidad de la confianza. El punto de partida es la confianza que Dios deposita en la humanidad, desde su misma creación, haciéndolo no solo participe, sino responsable. Y va mucho más allá. La obra redentora realizada por Cristo, no excluye la participación del ser humano. Bien decía San Agustín: “Aquél que te hizo sin ti, no te salva sin ti... Te hizo sin tu saberlo y no te salvará sin tu quererlo”. Dios pone en nuestras manos su deseo más grande, nuestra salvación.

Pero el Señor no nos abandona en esta tarea. Dice San Pablo en su carta a los Romanos: “A los que eligió, los llamó; a los que llamó, los hizo justos y santos; a los que hizo justos y santos, les da la Gloria” (Rm 8, 30). Para poder alcanzar nuestra salvación, en el tiempo y en la eternidad, Dios nos da todo lo necesario, principalmente: el Espíritu Santo, Su Palabra, los Sacramentos, la comunidad cristiana y la fe. Para el caso que nos compete, nos ocuparemos de los dos últimos.

Dentro del horizonte de la fe cristiana, la salvación individual se realiza en comunidad. Dicho de otro modo, nadie se salva solo. Los otros son nuestro medio de salvación y nosotros el de ellos. El Reino de Dios, no es sino la puesta en práctica del mandamiento del amor, que no se puede hacer aisladamente. Bastaría esta idea bien entendida, la que nos llevaría a respetar altamente a cualquier otra persona, sin importar sus creencias, “status”, e incluso su vida moral (¡Cuánto mejoraría nuestro trato humano si fuéramos conscientes de esto!). Esto que vale en general para cualquier cristiano, tiene sus especificaciones propias en el carisma salesiano.

En otra meditación dejamos claro que vivimos nuestra espiritualidad por medio del trabajo de evangelización-educación de la juventud. Ahora damos un paso más allá y decimos que esto no es sino un acto de *confianza* en ellos, sin importar la condición (humana, social, económica, moral...) en la que se encuentren. Las grandes obras que Don Bosco emprendió, las encomendó a sus jóvenes. Es más, entre otras, una de las razones por las cuales le tacharon de “loco”, fue precisamente por haber dado una (u otra) oportunidad a los que la sociedad ya daba por perdidos y por confiarles asuntos importantes. Nuestro Don Bosco fue el educador de la confianza en la juventud.

Dice con acierto el P. Petitclerc: “La capacidad de cambio de un joven reincidente en conductas desviadas, depende de encontrar un adulto que sepa concederle una

mirada de confianza, liberándolo así de su propio pasado". Y es que, como bien decía Don Bosco: Sin confianza, no hay educación. Pero ¿qué se necesita para que haya confianza? Nos lo responde el mismo Don Bosco: ¡Afecto! "No basta con que sean amados, sino que se den cuenta que se les ama".

Dios, puso su confianza en nosotros para darnos la salvación. Nosotros respondemos poniendo nuestra confianza en Él y en el prójimo. Dios confía en el ser humano, nosotros confiamos en Él, y como Él confiamos en la humanidad, confiamos en los jóvenes. Nuestro amor y confianza por Dios, se hace confianza en la juventud. Ésta se traduce en trabajo por su evangelización-educación. Así, nuestra fe es capaz de transformar el mundo.

Espiritualidad de la esperanza

La situación actual es más que preocupante. Nos encontramos no sólo en un momento difícil de la historia de la humanidad, sino en uno crítico y determinante. Conflictos entre países, amenazas de guerra, situaciones de injusticia, vulnerabilidad de los derechos fundamentales de las personas, entre otras; han existido siempre. Sin embargo, ahora nos encontramos en un punto límite. Y más aún, situaciones tales como el calentamiento global, la contaminación ambiental y el riesgo nuclear; nos llevan frente a peligros de daño irreversible. Ante estas situaciones ¿Tiene algo que decir y hacer la espiritualidad cristiana? Sin lugar a dudas, ¡Sí! Y si no lo hiciera no sería auténticamente cristiana.

Entre las llamadas *virtudes teologales* (fe, esperanza y caridad), la esperanza ocupa un punto central. El Texto Sagrado, la Biblia, abre y cierra enunciando la victoria del bien sobre el mal. En el Génesis, la mujer pisoteará la cabeza de la serpiente. En el Apocalipsis, la bestia es derrotada. Esto no quiere sino decirnos que la victoria del bien está asegurada, es una promesa de Dios. Por ello, nuestra fe nos lleva a no perder nunca el sentido de la esperanza. Pesimismo y fe cristiana son simplemente incompatibles.

La *esperanza*, desde la misma palabra, tiene relación directa con *esperar*. Dice el salmo 62: "En Dios descansa mi alma, de Él viene mi esperanza". Nuestra esperanza no está puesta ni en los hombres, ni en las situaciones, ni en los proyectos que son pasajeros y percederos, sino en Dios que es eterno. Él es nuestra garantía.

Pero, la esperanza cristiana es activa, es operante. Nuestra esperanza es laboriosa, es productiva, es incansable. Por eso es gozosa. ¿Quién no sentirá alegría de trabajar por una causa que llegará a buen fin, por una causa que goza de sentido? Como el grano de mostaza de la parábola de Jesús, tenemos la esperanza de que nuestro humilde y diminuto trabajo, por la mano de Dios, crecerá y podrá cobijar a otros. Pero se necesita del trabajo.

Don Bosco solía decir “el salesiano nunca se queja de su tiempo” ¿Por qué perder tiempo con quejas cuando podemos cambiar la situación? Dice el P. Petitclerc: “No se trata de lamentarse, sino por el contrario, de ayudar a los jóvenes para utilizar todos los vectores del progreso hacia una sociedad más justa, fraterna y agradable”. Con él, haciendo uso de la imagen de la semilla y el árbol, podemos reconocer tres tipos de personas: “Quienes en la semilla no ven más que una semilla (perspectiva limitada); quienes en presencia de la semilla no hacen más que soñar con el árbol (idealistas que pueden destruir la semilla); y quienes ven la relación entre la semilla y el árbol”. Estos últimos están pendientes del terreno. Entre éstos se encuentran los que viven del carisma salesiano.

Espiritualidad salesiana es pues mantener firme la esperanza, a pesar de todo; y hacer de ésta un esfuerzo por la evangelización de la juventud por medio de la educación. Hablamos ya de la confianza depositada en los jóvenes, ésta tiene por base la esperanza cristiana. Dentro del ambiente salesiano es muy conocido el slogan: “Creemos en la semilla de bondad que se encuentra en el corazón de cada joven”, frase inspirada, ciertamente, de la experiencia de Don Bosco. Y esta no es sino expresión de nuestra esperanza, que no es sólo educativa, sino además cristiana.

Espiritualidad de la alianza

Vimos la relación directa e inquebrantable entre confianza y esperanza. Abordamos ahora el tercer pilar de este edificio, la alianza. Ésta tiene también relación directa con las anteriores, son un sistema.

Desde el punto de vista teológico, la Alianza es una constante de la relación de Dios con su pueblo, es la promesa: “Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios” (Ex 6,7). Esta Alianza comenzada en el Antiguo Testamento, se confirma y plenifica con la venida de Jesús. Para nuestra salvación, Dios confía en nosotros, nos capacita para lograr la meta y se compromete a estar a nuestro lado para que la consigamos. Él es siempre fiel.

Para que una alianza tenga lugar se necesita tener un acuerdo. Éste no es difícil cuando las partes son iguales en rango, realizamos este tipo de alianzas todo el tiempo. Es más complicado cuando una de las partes es mayor a la otra, o como ocurre entre Dios y nosotros, una de las partes es infinitamente mayor. En situaciones tales, lo único que posibilita la alianza es el servicio gratuito, posible sólo como un acto infinito de amor y humildad, que la parte mayor, en nuestro caso Dios, realiza con el aliado, en nuestro caso nosotros. El ejemplo nos lo da Cristo, quien “A pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de Cruz” (Rm 2, 6-8). Se llega a la alianza cuando hay un mutuo reconocimiento de la dignidad de la otra parte y disponibilidad para el acuerdo.

Don Bosco también hizo una alianza con sus muchachos. En sus buenas noches, no era extraño oírle repetir: “Necesitamos ponernos de acuerdo”. Haciendo un acto de confianza, puso en sus jóvenes e inexpertas manos la propia salvación, pero además, la salvación de los otros y el futuro de su obra. Bien dice Petitclerc: “No se trata de hacer *por*, sino *con* el joven, considerado no solo como destinatario, sino también como socio de la actividad educativa”. Esta alianza la hizo no sólo con el joven en particular, sino con su grupo. La confianza y esperanza educativa, se refleja en la alianza.

Nuestra espiritualidad es también espiritualidad de la Alianza. Porque nace del reconocimiento de la bondad de Dios que nos quiso hacer co-participes de nuestra propia salvación. Porque, además, reconoce que en nuestro crecimiento espiritual y santificación la pertenencia a la comunidad de fe no es accesoria, sino esencial. Nuestra espiritualidad es de la Alianza, porque se esfuerza en hacer de los jóvenes nuestros aliados en la labor evangelizadora-educativa de ellos mismos y de sus compañeros. Bien decía Juan Pablo II que *los jóvenes deben ser evangelizadores de los jóvenes*.

A manera de síntesis, un último punto de esta nuestra larga reflexión. Nuestra espiritualidad salesiana se vive en nuestro trabajo por la promoción de la juventud, desde una perspectiva evangélica, mediante una propuesta educativa que se apoya en la confianza, esperanza y la alianza. El mejor modo para aprender a vivirla es practicarla. Para contagiarla debemos vivir la coherencia entre nuestros pensamientos, palabras y obras. Nos proponemos acompañar a la juventud en su proceso de maduración, “el primer derecho del niño es sin lugar a dudas, la coherencia de todos los adultos que caminan con él en su senda de crecimiento”.

SEXTA REFLEXIÓN

ESPIRITUALIDAD DEL “DAME ALMAS Y LLÉVATE LO DEMÁS”

“Da mihi animas, cetare tolle”, fue el lema que dominó la vida de Don Bosco y que quiso dejar como preciosa herencia a los salesianos y a los participes del carisma. En general, todas las congregaciones religiosas tienen algún lema que los caracteriza. Nosotros creemos que el nuestro es además muy especial. Ya que en éste, encontramos el universo espiritual interior de Don Bosco, que se traduce en una oración dirigida al Padre. Es tan importante para él, que Brocardo llega a afirmar que el *Da mihi animas* es su lema, su obsesión, su mística. Es además la máxima expresión de su ser sacerdote. Por su parte, el Papa Pio XI llegó a decir que este lema constituye *el verdadero secreto de toda la vida de Don Bosco*, “ahí está el secreto de su corazón, la fuerza y el ardor de su caridad”.

El *Dame almas y llévate lo demás*, representa la síntesis de nuestra espiritualidad, mística y ascética. (Brocardo)

Más que un lema, una oración. Una oración hecha acción

Encontramos, en primer lugar, esta frase en la Biblia. En el Génesis (Capítulo 14) se nos narra la victoria, en batalla, de Abram sobre el rey de Sodoma. Este último suplicó: Dame las personas y quédate con los bienes. (v. 21) Abram devolvió a la gente y no se quedó con nada del botín.

Se dice que esta fue, además, una de las frases usadas por San Francisco de Sales. Aunque no la encontramos en ninguno de sus escritos, podemos confiar que fue así, no sólo por la veracidad del testigo, sino además porque encaja perfectamente con el

pensamiento y espiritualidad del Obispo de Ginebra. Seguramente fue bajo esta influencia que Don Bosco la apropió.

En el lema, encontramos claramente dos partes, aunque forman parte de una única idea, la que es una plegaria de súplica a Dios. Más que un lema característico, el *da mihi animas cetare tolle*, es una oración dirigida a Dios Padre, en la que se piden muchas cosas: ante todo, *poder colaborar en la salvación de la humanidad* (alcanzar la propia salvación por medio del trabajo de salvación de los demás), los medios para realizar esta tarea; la gracia, sabiduría y fortaleza necesaria para poder renunciar a todo lo que nos aleje u obstaculicé de esta misión, entre otras.

Es más, Don Pascual Chávez, nos invita a ver en estas cinco palabras un *Programa de vida*: *Primero*, satisfacer las necesidades materiales y primordiales de los jóvenes. *Segundo*, acompañarlos en su delicado proceso de elevación y maduración humana, cultural y moral. *Tercero*, educarlos cristianamente. Y es que la mística del “Da mihi animas” unifica indisolublemente promoción humana y promoción sobrenatural, con insistencia del todo particular sobre el aspecto religioso.

La oración de Don Bosco, la oración de los salesianos, es laboriosa. En este lema característico de nuestra espiritualidad encontramos el anhelo de trabajo, el deseo y la disponibilidad para ponernos al servicio de la evangelización y educación de la juventud, así como lo hizo nuestro padre. Con absoluta verdad pudo Don Rua asegurar: “No dio un paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Dejó que otros acumulasen tesoros, que otros buscasen placeres, y corriesen tras los honores; a Don Bosco realmente lo único que le interesó fueron las almas: lo dijo con hechos, no sólo con las palabras: *Da mihi animas, cetare tolle*”.

“Dame almas”. Expresión de la pasión por Dios, que es pasión por la humanidad.

Rezaba Don Bosco: “¡Oh Señor, danos cruces, espinas, persecuciones de todo género, con tal que podamos salvar almas y, con las de los demás, también las nuestras”. Tenía clara una convicción: para ir al cielo se necesita trabajar por las almas. Cuando se refería a “alma” quería decir, generalmente, persona. Por tanto, la primera necesidad era la de tener “los insumos”, es decir las personas, sus queridos jóvenes.

Dirigía su súplica a Dios, pues era muy consciente de que Él es el *dueño de la mies*. Ciertamente, la ciudad de Turín se encontraba abarrotada por masas de jóvenes en situaciones de necesidad. ¿Era necesario pedir algo que parecía abundante? Pues sí,

ya que Don Bosco gozaba de un altísimo concepto de la dignidad de la persona, antes de ser “destinatarios de la misión”, eran *hijos de Dios*. Dice Stella que “Don Bosco expresa el deseo de tener lo que, en realidad, es ya propiedad divina”. Como buen educador, adelantado a su tiempo, sabía que no podía realizar su trabajo sin el beneplácito del Padre común. Bien dice el salmo (126): “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles”. En el centro del *da mihi animas*, se encuentra pues el reconocimiento de la paternidad universal de Dios.

Ahora bien, un *qué* implica un *para qué* y un *cómo*. Don Bosco pedía personas, jóvenes, para poder evangelizarlos por medio de la educación. Esto es lo mejor que podemos hacer a la juventud, es lo mejor que podemos hacernos a nosotros mismos. De entre todas las obras buenas, dice Don Bosco, la de la educación de la juventud es *divinísima*. No basta pues, pedir a Dios por los jóvenes, sino que nuestra oración debe ser además compromiso de trabajo *por* y *con* ellos.

Por eso, nuestro trabajo, aunque haciendo las mismas actividades que otros “colegas”, es esencialmente distinto. El trabajo de educación de la juventud, es para nosotros salesianos, camino de construcción del Reino de Dios, colaboración en la obra salvífica de Cristo, es medio para nuestra propia santificación. El *dame almas*, es una súplica, que bien puede traducirse como: hazme santo.

“Llévate lo demás”. La ascesis en nuestra espiritualidad

Tradicionalmente se ha entendido la espiritualidad como camino de ascesis, hoy le damos un sentido distinto. La espiritualidad es la vida según el Espíritu de Dios, según el Espíritu Santo. Lo cual creemos, nos hace profundamente felices, nos llena de alegría. Ahora bien, esto representa configurar nuestra voluntad con la de Dios, lo que implica purificar lo que obstaculiza este fin. No se trata de “sufrir para agradar a Dios”, o peor aún “sufrir para hacer que Dios se compadezca” ¡Qué clase de Dios sería ese que se goza del sufrimiento de sus hijos!!! Ciertamente, no el Dios cristiano. La ascesis es, pues, esfuerzo por despojarnos de cuanto nos distrae del camino de seguimiento del Señor, o peor aún, de lo que nos aleja.

Don Bosco quiso ofrecer a sus jóvenes una espiritualidad adecuada a su edad. Pero en modo alguno quiso ser simplista. Él sabía bien que para ganar la Perla Mayor, es necesario sacrificar las pequeñas perlas. Bien anota Desramaut: “Hay que darse cuenta y admitir que la sonrisa y la delicadeza de Don Bosco, no sólo escondía un

auténtico espíritu de ascesis, sino que la misma ascesis ocupaba un puesto de primordial importancia en su enseñanza”.

Y es que quienes aspiren a la santidad deberán necesariamente abrazar una u otra forma de ascesis. Repetimos que no se trata de sufrir por sufrir. La alegría de Dios es vernos a nosotros felices. Entonces, se trata de hacer un esfuerzo para que nuestra vida sea más profunda. Es un esfuerzo de santificación, para alcanzar un bien mucho mayor, el fin sobrepasa ampliamente al medio. Don Bosco hablaba de imitar a Cristo crucificado, quien no sufrió por masoquista, sino para que nosotros tuviéramos vida en plenitud.

Con José María Castillo, podemos decir que el único sufrimiento que Dios acepta es el que se hace para hacer felices a los demás. En gran medida, esto es la superación de nuestros egoísmos. Ahora bien, dentro del carisma salesiano, hacemos además algunas otras especificaciones.

Don Bosco no quería que se hicieran penitencias especiales, todo lo contrario, quería sólo que se sirviese al Señor con alegría. Lo que implica ante todo *cumplimiento exacto de los propios deberes*. Esto es ya un camino sólido de ascesis. Esta es una vacuna contra la llamada “ley del menor esfuerzo”, contra la ley del “cumplir por cumplir”; es una cura contra la superficialidad y la mediocridad. Es un impulso a la creatividad y al esfuerzo personal, a hacer *poco pero bien*, a no hacer cosas extraordinarias, sino lo ordinario de un modo extraordinario. Esto podría parecer demasiado fácil, pero para quien lo entiende desde la lógica evangélica del *grano de mostaza*, no lo es.

Otra característica de la ascesis salesiana es la alegría. La alegría del deber cumplido, la alegría del hacer un pequeño sacrificio por el bien –la alegría- de los demás. San Francisco de Sales solía decir que no basta con cumplir con el deber, sino que hay que hacerlo prontamente y ser perseverantes en su realización. Don Bosco podría añadir: ¡Y hay que hacerlo con alegría! Vemos ya, qué distinta es la perspectiva salesiana con respecto a la del mundo. ¡Para los que aman al Señor, todo les sirve para alabarle!

La ascesis que propone Don Bosco es sencilla, pero exigente. Es atrayente y desafiante. Es simple e infalible. Es breve, pero indispensable. No dudemos, pues en ponerla en práctica. Últimamente el Papa Francisco ha hablado sobre el “cansancio feliz” ¡esa es nuestra ascesis!

ORACIÓN

Señor, como Don Bosco, **hazme** *humilde* en el trato, *fuerte* en mis convicciones y *robusto* ante los desafíos.

Señor, como Don Bosco, **dame** *salud* para gastarla por el bien de tus hijos, *sabiduría* para poder escoger lo que más me conviene, *santidad* para hacer santos a los jóvenes.

Señor, como Don Bosco, **te pido** que si algún día me quejo, que sea porque me falta trabajo y nunca porque me sobre; *te pido* que me des jóvenes para poder hacerlos discípulos tuyos, *te pido* que me ayudes a borrar de mi vida todo lo que me aleja de ti y de tu servicio

Señor, como Don Bosco, **te ofrezco** mis sueños y esperanzas; te ofrezco los sueños y esperanzas de los jóvenes. Te ofrezco, además, el deseo que tengo de ser instrumento en tus manos para su salvación. Te doy lo poco que soy y lo poco que tengo, tómalo y haz conmigo lo que quieras.

Señor, como Don Bosco, **te alabo** por tu amor, por tu predilección por la juventud, por la alegría de seguirte. Te alabo más aún, porque quieres estar conmigo y porque quiero estar contigo.

Señor, como Don Bosco, **te doy gracias** porque me escoges para ser tu amigo. No necesito nada más, Tú eres todo lo que necesito y estás conmigo. Gracias Señor.